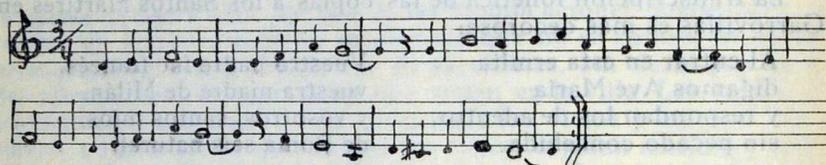


Pero si estos loores rimados que se cantan a los santos han ido degenerando hasta convertir su primitivo texto en un galimatías disparatado, no ocurre lo mismo con la melodía que los encuadra, único motivo folklórico digno de recogida y que es en definitiva el objetivo que nos hemos propuesto. Por tratarse de una melodía sencilla, sin alteraciones cromáticas, es comprensible que haya llegado hasta nosotros, apenas sin adulteraciones. Su sabor arcaico nos sorprendió gratamente y nos decidió a su transcripción. La música popular española, para algunos insignes musicólogos, habría que derivarla de primitivos cantos religiosos, que se irían modificando, adaptándose a necesidades de ritmo exigidas por la danza. No ocurriría así en aquellos otros cantos que aún pertenecientes al folklore



quedan inscritos en una esfera religiosa en los que este carácter se mantendría más puro en ritmo y melodía. Creemos que ésta que transcribimos es un claro ejemplo. Quien la oye por vez primera advierte su sabor arcaico, en contraste con las tonalidades al uso. Y en efecto, en la transcripción, rigurosamente adaptada al canto se ve cómo encaja en la gama tonal dórica, primero de los seis «modi auténtici» vigentes en la música litúrgica del siglo XVI, caracterizado por tener situados los dos semitonos de su escala, entre el segundo y tercer grado y entre el sexto y el séptimo, a diferencia de nuestra escala diatónica que los sitúa entre el tercero y el cuarto y el séptimo y el octavo, de manera que el séptimo grado se convierte en nota sensible, de atracción hacia la octava o tónica. Por la transcripción se ve que toda la melodía se mantiene dentro del modo dórico auténtico, salvo la alteración cromática existente en la nota do de la cadencia final, posiblemente una adulteración introducida por el uso e influencia de formas musicales profanas, de tal modo que dicha nota viene a ser como la sensible del tono de re menor de nuestra escala diatónica actual, conclusión de la melodía que desvirtúa el re dórico en que va transcrita. Claro es que los modos litúrgicos no siempre se empleaban en toda su pureza, sino que a veces introducían alteraciones extrañas sin que por eso perdieran su primitivo carácter, pero por tratarse de una sola alteración introducida, en contraste con el resto de la melodía, estrictamente sujeta al canon dórico, nos parece más probable que se trate de una alteración acarreada por el uso de la que estaba libre la melodía original.

R. Díaz Mora

ESTAMPA LUGAREÑA

"EL TIO SANTOS"

Por la calle abajo viene
con su traje dominguero,
sin chaqueta, con calzón,
lo mismo que iba su abuelo.
con faja negra de estambre,
de terciopelo el chaleco.
la alba camisa bordada,
pañuelo de seda al cuello.
Azules calzas marcadas
y de cintas el sombrero.
El tamboril y la gaita,
en el brazo y mano izquierdos,
el palillo en la derecha
o entre la faja sujeto.

Va de boda o de *leyura*
o es fiesta grande en el pueblo
con misa y con mayordomo,
con ofrendas y refresco.

Varios mozos se le unen
remuaos y contentos,
y van por el mayordomo,
para acompañar al templo,
a Don Dámaso que ora
mientras llega aquel momento.

La gaita empieza a sonar,
por su boca ya sin huesos,
con sólo los dos colmillos
amarillentos y negros.
Coge el palillo en la mano
y empieza el tamborileo,
marcando el ritmo del paso
del pueblerino cortejo.

En misa, se sube al coro
con cantantes y pequeños,
deja a un lado el tamboril
y oye con recogimiento
el Divino Sacrificio,
mas cuando llega el momento,
un poco pasado el Santu
hace oír por golpe seco.
como si decir quisiera:
—estad todos muy atentos,
—doblegad vuestra cerviz
—con humildad y respeto,
—adorad al Rey de Reyes,
—Hijo de Dios hecho Verbo.
Y cuando la campanilla
suena, con sus instrumentos
toca el himno nacional
con maestría y con esmero.

Llega la tarde, y con ella
después de un corto paseo
puesto en medio de la plaza,
en la farola del centro,
el «tío Santos» empieza
su alegre tamborileo.
Llegan ya mozos y mozas,
todos alegres, dispuestos
a rendirse de cansancio
no parando el bailoteo.

Ellas, honestas, modosas
se colocan en sus puestos
sentadas sobre los poyos,
cuidando que los pañuelos
ni se manchen ni estropeen

mientras que se están luciendo.
¡Flores frescas y lozanas,
de este vergel lugareño!

Los mozos en la calzada,
castañuelas en los dedos,
esperan que «la charrada»
les toque el tamborilero
para lucirse delante
de la moza de sus sueños,
al bailarla con su amigo
ágil como él y diestro.

El «tío Santos» les anima
con la gaita y con el gesto.

Y después, ya que las mozas
a bailar todas salieron
poniéndose en carrefila
y teniendo enfrente a ellos,
cambio de son y comienza

su alegre tamborileo
para el baile que ha de ser,
nunca «agarrao». sino «suelto»,
así lo aprendió a tocar
en otros lejanos tiempos
y no quiere que por él
se pierdan tales recuerdos,
y además morir tranquilo
sin graves remordimientos.
Nunca atizó a la lujuria
en su mortífero fuego.

Acaba el día y con él
se acaba el esparcimiento,
a la majada se va
alegre y siempre contento
sin las gafas domingueras
con el zurrón bien repleto,
sin tamboril y con gaita
«Santos el tamborilero».

R. SANCHEZ CAYETANO



Lo geológico, lo geográfico y lo mitológico

En el comienzo, cómo el Cielo y la Tierra surgieron del Caos.

Milton. P.L. I.9.

PARA comprender los mitos cosmológicos de los griegos, es necesario aclarar lo que ellos, en los tiempos primitivos supusieron ser la constitución del mundo. Comenzaron casi con las mismas nociones que todos los pueblos primitivos parecen poseer, a saber, que su real constitución es la que, de tanto de él como puede ser visto en seguida parece tener. Ahora bien, éstas, a menos de estar el observador entre una larga línea de colinas, como un egipcio o confinado en una isla o en un grupo de islas como los pueblos del Pacífico meridional, es un círculo más o menos plano, excepto donde montañas o colinas emergen de él, y coronado por la inmensa cúpula del firmamento, que le toca en el horizonte. Por un lado puede verse al Sol y a las estrellas levantarse sobre el horizonte mientras por el otro lado desaparecen en su ocaso. Como siempre salen por el mismo lado, es de presumir que sigan su camino por detrás para volver, ya bajo tierra ya por otra ruta oculta. Esta y no otra es la más antigua representación griega de la tierra presupuesta en todas las más viejas leyendas y que sobrevive en algunas más tardías. En particular los griegos supusieron que el límite de esta llanura de tierra estaba formado por la corriente del Océano —Okeanos— que no es el mar sino un gran río que fluye circulante. El firmamento es una cúpula sólida a veces dicha estar fabricada de bronce o hierro; está a una considerable altura de la tierra, pero no a una distancia ilimitada; la residencia de los dioses es o bien el mismo firmamento o la cima del Monte Olimpo. A lo más si se pudieran amontonar tres grandes montañas una sobre otra, podría formarse una escalera al cielo. El cuento de Faetón, para poner sólo un ejemplo, significa, que si uno va al Este lo suficientemente lejos llegará al verdadero sitio donde el firmamento toca a la tierra y el sol comienza su ascensión. Por el Oeste, a la otra mano, donde el sol se pone, hay una tierra de oscuridad, cerca de la cual está la entrada al Hades, como se verá claramente en la historia de Ulises. En algún tiempo el Hades es a menudo concebido como estando bajo tierra para ser encontrado a través de uno de los muchos abismos abiertos en las rocas griegas *katavothra* como son llamados en la lengua moderna, tal como uno famoso en Tenaron cerca de Esparta. De esta idea tenemos abundantes manifestaciones en los *cuentos* de Aulia-